

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, ANDRÉS PASTRANA, CON OCASIÓN DE LA IMPOSICIÓN DE LA ORDEN NACIONAL DE MIGUEL ANTONIO CARO Y RUFINO JOSÉ CUERVO A DON JOSÉ MARÍA AZNAR, JEFE DEL GOBIERNO ESPAÑOL

Valladolid (España), 16 de octubre de 2001

Hace exactamente dos años, en octubre de 1999, asistí a un evento que siempre guardaré como un tesoro en la memoria porque me hizo sentir el orgullo de ser gobernante de un país lleno de sueños y de cultura como Colombia. Fue en Oviedo. Allí pude presenciar, con inmensa emoción, desde el palco en el que acompañaba a Su Majestad la Reina Sofía de España, la entrega solemne del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades al Instituto Caro y Cuervo de mi país, una distinción que recibió de manos de Su Alteza, el Príncipe Felipe, su director, el doctor Ignacio Chaves Cuevas.

¡Aquí en España, en la cuna del idioma que hoy hablamos y en el cual pensamos la inmensa mayoría de los colombianos, sentí la profunda alegría de pertenecer a un pueblo que ha preservado y enriquecido como ninguno el legado lingüístico de Cervantes!

Pero yo no era el único feliz, ni lo éramos los 40 millones de colombianos que sentimos el orgullo de ser una nación reconocida por su cultura y por su exquisito manejo de la lengua. También había un español, un gran amigo mío y de Colombia, para más señas madrileño, esposo de doña Ana Botella, licenciado en Derecho de la Universidad Complutense y Jefe del Gobierno del Reino de España, que sentía alegría y satisfacción. Ese era mi estimado colega y fraternal amigo, José María Aznar.

Por supuesto que estaba feliz. Él también había seguido desde hacía tiempo, en su inquietud intelectual y su amor a la lengua española, el trabajo minucioso y exhaustivo que había realizado el Instituto para terminar la monumental tarea lingüística que había iniciado Rufino José Cuervo más de 125 años atrás. Él había apoyado e impulsado este justo reconocimiento y lo celebraba con nosotros como un colombiano más.

En verdad lo que festejábamos todos era la culminación de una historia apasionante: La historia de un joven bogotano de 28 años, quien en 1872, seducido por el encanto de las letras, inició una tarea monumental, cuyo resultado mereció el

reconocimiento que hoy recordamos: la elaboración de un diccionario de construcción y régimen que contara el origen y la vida de las principales palabras del idioma español hasta los tiempos actuales.

Cuervo sabía que su esfuerzo no era una “obra proporcionada a las fuerzas de un solo hombre”, pero confiaba en que después de su muerte otros amantes del idioma continuarían su tarea colosal.

Y así fue. Gracias al empeño continuo de intelectuales colombianos, quienes, desde el Instituto Caro y Cuervo, destinaron horas, días, meses y años a este trabajo casi infinito, Colombia pudo entregar al mundo de habla hispana ocho volúmenes, con más de 8.000 palabras y más de 9.000 voces incluidas, que constituyen, según los entendidos en la materia, el diccionario “más importante del mundo” por sus excepcionales características. O, según palabras de Gabriel García Márquez, “la gran novela de las palabras”.

¡Qué bello y emocionante ejemplo el de estos hombres y mujeres, orfebres y científicos de la palabra! Como decía el historiador cartagenero Eduardo Lemaitre, es bueno saber que

“mientras el planeta gira enloquecido e iracundo, hay un sitio en la tierra, exactamente en Colombia, donde unos cuantos hombres felices dedican sus vidas con unción religiosa a la más pacífica de las actividades: la filología”.

Lo reconoce también el escritor mexicano Carlos Fuentes, para quien el Instituto Caro y Cuervo de Colombia *“es la maravillosa reserva de un metal que al usarse jamás se gasta: el oro de la inteligencia, de la palabra y la cultura”.*

Pues bien: Hoy hemos vuelto a España. Pero esta vez no hemos venido a recibir un premio, como lo hicimos en ese memorable octubre de hace dos años. Hemos vuelto, con la grata sensación de ser hoy nosotros quienes rendimos homenaje y reconocimiento a un digno amigo de Colombia, promotor de la cultura y de los valores hispánicos, como lo es José María Aznar.

Han sido esas cualidades, precisamente, las que han llevado al Gobierno Nacional de Colombia -en desarrollo del estatuto aprobado en 1971 por mi padre el ex Presidente Misael Pastrana Borrero- a conferir al Presidente Aznar la Orden Nacional de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo en el

grado de Collar, una orden que hoy tengo el privilegio y el placer de imponer a un gran hombre y un gran amigo.

Ésta es una condecoración singular porque, a diferencia de la mayoría, no recuerda más batallas que las de los eruditos frente al papel y la pluma; no conmemora próceres ni guerreros sino lingüistas, intelectuales y hombres de letras; no rememora más leyes que las de la gramática; no nos habla de guerras sino de cultura.

Ésta es una condecoración, señor Presidente Aznar, que queda en las manos de un gobernante amante de la paz pero firme ante las afrentas de la intolerancia; de un político con alma de filósofo; de un enamorado de la lengua y la cultura que viajaron en las carabelas de Colón y se expandieron en América, como un calidoscopio de color y de palabras.

Señor Presidente y amigo, don José María Aznar:

He hablado ya sobre la epopeya de Cuervo y su diccionario, pero no todavía sobre Miguel Antonio Caro, el otro inspirador de la condecoración que hoy tengo el gusto de entregarle.

Es ya tan común hablar de Caro y Cuervo como una pareja indisoluble que corremos el riesgo de que algún día nuestros hijos o nuestros nietos acaben por creer que se trata de un solo y eminente intelectual con dos sonoros apellidos, como sí es el caso de Menéndez y Pelayo o de Ortega y Gasset, para citar tan sólo dos importantes filósofos y escritores españoles que tuvieron honda repercusión en América.

Por supuesto, Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo son dos personas diferentes aunque estuvieron unidos por una amistad inseparable como pocas. Sus vidas, como las que escribió Plutarco, fueron vidas paralelas, atadas por su amor al idioma y al conocimiento. Ambos escribieron la “Gramática de la Lengua Latina” y juntos revisaron la gramática de Andrés Bello.

Pero mientras Cuervo se concentró en la filología hasta sus últimos días, Caro fue además un gran jurista y un importante político, e incluso ejerció como Presidente de la República entre 1892 y 1898. En él se fundieron las letras y la política, dos actividades que, según el mismo Caro, eran incompatibles, afirmación que se entiende porque él nunca dejó de sentir preferencia por las primeras. Por eso le confesó

a su amigo Cuervo en una carta escrita antes de posesionarse como Presidente de Colombia su sentimiento de desasosiego ante la asunción del nuevo cargo: *“Ésta es la cosa más contraria a mi carácter y a mis hábitos. Pero Dios lo quiso y Él dará las fuerzas”*.

Ahí queda, pues, la breve memoria histórica de estos dos colombianos ilustres: el filólogo José Rufino Cuervo y el poeta, jurista, político, traductor, presidente y también filólogo Miguel Antonio Caro.

Ambos lo acompañarán de ahora en adelante, señor Presidente Aznar, con su mezcla posible o imposible de letras y política, como un homenaje sincero del pueblo colombiano y de la academia y los intelectuales de nuestro país hacia un hombre íntegro que ha apoyado la cultura hispanoamericana y que ha demostrado con creces su afecto por nuestro país.

¡Bienvenido a la orden de las letras de Colombia! ¡Bienvenido al corazón de su cultura!

Muchas gracias